



Muy antiguo y muy moderno: Darío

por **Christopher Domínguez Michael**

Errante en la vida y en el arte, Rubén Darío vivió entre países, pero también entre tradiciones literarias. Su diálogo con la poesía francesa le permitió renovar el español, aunque muchos autores y críticos le reprocharan, en su tiempo, ese espíritu inquieto.

En un pasaje feliz de *La república mundial de las letras* (2001), Pascale Casanova compara las trayectorias meteóricas del crítico literario danés Georg Brandes (1842-1927) y del poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), quienes venían de la periferia y dieron a conocer “literaturas menores” en las metrópolis, traficando libros e ideas como esgrimistas de lo moderno a lo largo de “los mundos del mundo”¹

Las diferencias, empero, han de tomarse en cuenta. Brandes prefería el alemán para darse a conocer, aunque su inglés, su francés y su italiano eran más que fluidos, siendo insignificante la porción danesa de su obra. Al contrario, Darío se mueve por una lengua ya entonces muy extendida y esa errancia suya no es otra cosa que su vida misma, como lo señalan Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz en su biografía *Rubén Darío. La vida errante*.

Asombra la facilidad con que Darío se mueve de su Nicaragua natal a San Salvador y de allí a la Ciudad de Guatemala, San José de Costa Rica, Santiago de Chile (donde se educa con Pedro Balmaceda Toro, hijo del presidente suicida y ausencia que causa intriga en *Los raros*)² y el

puerto de Valparaíso; alguna vez La Habana, junto a Palma de Mallorca, refugio predilecto, sin olvidar las escapadas a Italia donde sufre del síndrome de Stendhal; las idas y vueltas a Madrid y a Buenos Aires (la caída, propiciada por los Estados Unidos, del presidente José Madriz Rodríguez, su protector, en agosto de 1910, obligó al porfiriato, vía Justo Sierra, a cancelar su invitación a las fiestas del Centenario en la Ciudad de México) no parecen distintas a la vida de aeropuertos de los escritores contemporáneos.

Cumple Darío a cabalidad con la conquista de París en 1900, en la medida en que los latinoamericanos podían llevarla a cabo, siempre más lejos de lo que quisieran de la alta sociedad literaria francesa, pues ni al cronista Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), cadenero de esa fiesta y meteco por antonomasia, le es dado acercarse a escritores de genuina importancia, salvo algunos menores, como Jean Moréas, un simbolista disidente de origen griego. No falta tampoco Nueva York en el itinerario de Darío. Si Brandes es políglota, a Darío le basta y le sobra con dominar el francés, lengua franca durante la Bella Época.

Brandes, tristemente, solo es recordado por un detalle ejemplar: haber sido el primero en popularizar a Friedrich Nietzsche mientras Darío, en cambio, fue el inventor y organizador de nuestro modernismo, que, mal recibido en España (excepción hecha de Juan Ramón Jiménez), acaba por sentar —como lo soñaba Alfonso Reyes— a toda una literatura, la hispanoamericana, en el llamado banquete de la civilización.

1 Octavio Paz, “El caracol y la sirena” en *Cuadrivio*, Ciudad de México, Joaquín Mortiz, 1965, p. 39.

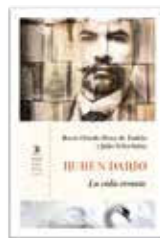
2 Álvaro Bisama, “Debajo de la lengua weird: Darío, Balmaceda y algunos apuntes para una genealogía” en *Orillas. Revista d’ispanística*, núm. 11, 2022, pp. 1-9.

No es fácil hablar de Darío en nuestro siglo porque (y él tenía conciencia de ello al concebirse a la vez “muy antiguo y muy moderno”) a su poesía –antesala más que negación de las vanguardias– no hay que leerla como un aparatoso hecho consumado, sino con el detenimiento exigido por un clásico fundador. Y su vasta obra en prosa –cuentos fantásticos y crónicas sobre todo lo humano y lo divino– está pobre o malamente editada, a veces fechada –no había tema que pudiera evitar como redactor más necesitado que codicioso– o solo olvidada.

Ante una biografía de Darío, sin duda la mejor documentada hasta la fecha, como la que presentan este par de académicos españoles, la tentación de conformarse con los ensayos magistrales que sobre Darío se han escrito, desde Manuel Ugarte (*Escritores iberoamericanos de 1900*, 1942) hasta Octavio Paz (“El caracol y la sirena” en *Cuadrivio*, 1965), pasando por Enrique Anderson Imbert, Blas Matamoro y José Emilio Pacheco, es enorme. Tal pareciera que la vida de Darío, prosopopéyica y bolivariana, estorba como si bastara con decir que ningún poeta vino de tan lejos y logró tanto.

En esa perspectiva, la de situar a Darío como poeta de transición –todos los hombres lo somos, solía anteponer Pacheco a la frase–, los biógrafos hacen su trabajo: Darío es hijo aún del romanticismo y su Dios Padre es Victor Hugo. Contra lo que se cree, los poetas del Parnaso y del simbolismo no fueron leídos, directamente, en América Latina, hasta los primeros años del xx, y gracias en buena medida a *Los raros* (la segunda edición ampliada es de 1905), de Darío, galería plena en autores actualmente desconocidos y donde están el Conde de Lautréamont y Paul Verlaine, pero no Charles Baudelaire (aunque Darío lo alude en ciertos versos en otros libros) ni Arthur Rimbaud, quien al parecer se le pasó al vate nicaragüense. No desaparece, como jefe espiritual, el padre Hugo (“Genio sobrehumano y sublime... quien ha de sucederte será enviado por Dios”)³ hasta que fue sustituido por Émile Zola, movimiento que Darío –*dreyfusard* como es obvio– detecta con su habitual avidez y tino, con los cuadros de Henry de Groux como fondo.

Romántico, parnasiano y simbolista, bien hace Darío en apropiarse del modernismo como una síntesis propia del ecléctico latinoamericano, muy diestro a la hora de saltar sobre la cuerda floja en diferentes usos horarios. No creo que tengan razón Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz cuando dicen que el modernismo es “un romanticismo pasado por el tamiz del positivismo”⁴ como tampoco la tuvo Paz, después de *Cuadrivio*, en abandonar la cuestión en que el modernismo fue nuestro romanticismo, lo cual crea más problemas de los que soluciona. Se necesita



ROCÍO OVIEDO PÉREZ DE TUDELA Y JULIO VÉLEZ-SAINZ
(CON LA COLABORACIÓN DE CRISTINA BRAVO)
RUBÉN DARÍO. LA VIDA ERRANTE
Madrid, Cátedra, 2021, 574 pp.

una noción demasiado ancha de lo romántico para hacerlo pasar por las antípodas del espíritu positivo y en cuanto a Paz, ¿qué hacer entonces con nuestros románticos de pacotilla? ¿O debemos apuntalar a ese “modernismo romántico” sobre un sólido suelo clásico donde estarían fray Servando Teresa de Mier, Domingo Faustino Sarmiento y Euclides da Cunha? No lo sé.

Aunque francmasón iniciado el 24 de enero de 1908 en su natal Nicaragua y no desde *Azul...* (1888), cuyo título tendría connotaciones masónicas según algunos críticos, los autores de *Rubén Darío. La vida errante* aciertan en definir a Darío. Fue católico, pero estuvo lejos de ser un poeta católico, siendo bíblico, pagano, hispanista (su amor por España y su poesía, pese al mal humor de Miguel de Unamuno, nunca dejó de ser ardiente y los peninsulares terminaron por rendirse ante el modernismo), arielista y ante todo afrancesado, fascinado por el ocultismo –queda reparada la queja de Paz en *Cuadrivio* de la indiferencia de la academia ante esa influencia insoslayable en el modernismo–, habiendo querido morir con el hábito de monje cartujo, como lo muestra el cuadro de Daniel Vázquez Díaz (1914) y un retrato posterior de Pilar Montaner Maturana... Un cartujo versado en Pápus y Sâr Péladan.

Esa ansiedad de reconciliación *post mortem* fue el resultado de una vida, como la de su inspirador Verlaine –su amigo, el bohemio español Alejandro Sawa, le confió a Darío los supuestos secretos del poeta francés–, colapsada por el alcoholismo. Hay que ver las piruetas para negarlo (José María Vargas Vila, uno de sus primeros biógrafos) o para admitirlo sin taxativas (Gómez Carrillo, su amigo/enemigo gracias al tópico del abrigo prestado al artista desamparado).⁵ Su vida fue en alto grado pecaminosa para quien logró regresar milagrosamente a casa en 1915, para morir meses después. A su vez, en cuanto a “pecados”, Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz descartan la pretendida relación homosexual de Darío con el poeta nayarita Amado Nervo, basada, dicen, en poemas apócrifos. Sergio Ramírez lo ratifica.⁶

3 Rubén Darío, “Victor Hugo y la tumba” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, edición de Ernesto Mejía Sánchez y estudio preliminar de Enrique Anderson Imbert, Ciudad de México, FCE, 1952, pp. 61-68.

4 Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz (con la colaboración de Cristina Bravo), *Rubén Darío. La vida errante*, Madrid, Cátedra, 2021, p. 115.

5 *Ibid.*, p. 183.

6 *Ibid.*, pp. 22 y 298.

Menos comprensible que el eclecticismo de fin de siglo, basado en cómo sobrevivir y con qué sucedáneos, herramientas o muletillas a “la muerte de Dios”, es la política de Darío. A esa politiquería, mezcla de ambición pecuniaria y hasta mercenaria e idealismo adolescente pleno en buenas intenciones y hasta en eficacia diplomática, Paul Valéry no la hubiera considerado merecedora de la mayúscula con que comienza la expresión “Política del espíritu”.

Pero la América Latina de 1900 sorprende gratamente por sus numerosas y pequeñas, uno creería que insignificantes, ciudades letradas (para usar la redundante calificación de Ángel Rama) y por la magnificencia de dictadores y presidentes en connubio o en combate con poetas ansiosos de mantenerse gracias a la diplomacia, y no necesariamente en Europa.

En aquel tiempo, el estipendio diplomático y el envío de crónicas bien pagadas desde Europa a los periódicos de Buenos Aires o de la Ciudad de México eran la única manera digna de sobrevivir al alcance de los poetas, aunque debe decirse que en algo valían los adelantos editoriales. Agréguese que los poemarios de Darío, en el culmen de su fama, con *El canto errante* (1907), alcanzaron a tirar 4.000 ejemplares, cifra muy apetecible para los poetas de hoy.⁷

El anarquismo —el terrorista inclusive— era moneda corriente en 1900 y entre *Los raros* de Darío está el libelista Laurent Tailhade, su amigo, quien, propagandista de la Idea, fue víctima casual de un atentado. Quedó tuerto pero la truculenta ironía no impidió que Tailhade siguiese profesando de anarquista. Nada de revolucionario había en Darío —en cualquiera de los sentidos, aun el estético, dijo Paz— ni tampoco de demócrata. Un día podían indignarse esos poetas contra tiranos como el guatemalteco Manuel Estrada Cabrera y recetarles lapidarias odas libertarias hasta que hubiese necesidad de dar marcha atrás, suplicando un favor en palacio; importaban valores más etéreos, por irrealizables, como la unión centroamericana (México es una oscura molestia para Darío) y ante ello había que definirse ante los Estados Unidos, aunque fuera de manera veleidosa y coyuntural, como lo hizo nuestro poeta al menos dos veces.

Entonces, como lo sigue siendo hoy, era en extremo ambigua la actitud de la opinión latinoamericana ante el gran y abusivo y admirable vecino del norte. Se pasaba del conflicto de Ariel y Calibán que tornaba incompatibles —para decirlo a secas— catolicismo y protestantismo, germen de nuestro antiimperialismo durante el siglo pasado, a tomar prestada la credencial panamericana, cuando los Estados Unidos actuaban acorde con los intereses de tal o cual país.

Lo mismo escribió Darío versos a favor y en contra del águila imperial. “A Roosevelt”, en contra en 1905 y a favor en 1907 la “Salutación del águila”, dos años después. Y sus descripciones de Nueva York, que visitó hasta cinco veces,

la última en misión pacifista en 1914-1915, cuando leyó “Pax” en la Universidad de Columbia, revelan horror ante la ciudad Babilonia, a la que encuentra llena de miseria mecanizada por el afán crematístico de “millones de circuncisos”.⁸ Desde el temprano siglo XIX esa imagen de los Estados Unidos se expandió entre los intelectuales latinoamericanos, prejuicio ya casi inmemorial: un Darío no habría podido explicarse cómo y por qué Nueva York o Baltimore eran esas alcancías mecánicas al mismo tiempo que la industria que forjó a sus amados Walt Whitman y Edgar Allan Poe.

Si *Azul...* es el portaestandarte del modernismo, aunque se toma en cuenta su naturaleza miscelánea (cuentos, crónicas y poemas), escasamente se recuerda que esas —hoy se diría— “hibridación” y fluidez, tan presumidas como propias del siglo XXI, están en el origen de la revolución modernista, que no es empero todavía “una simbolización emocional de los colores” a la Rimbaud, como lo decía el crítico chileno Raúl Silva Castro, a quien los autores de *Rubén Darío. La vida errante* citan.⁹

En Darío lo moderno se insinúa en medio de bisutería romántica y elevado patriotismo (fastidioso por grandote). “Agencia”, que forma parte de *El canto errante*, más que “una versificación de *La decadencia de Occidente*”¹⁰ podría ser un recorte injertado por Ezra Pound en sus *Cantares*. Versos enteros del *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914) ya son borradores del *Canto general* (1950), de Pablo Neruda: “La Fama / a todos los ilustres proclama, / sus hechos ínclitos nombra, / constela con ellos la sombra / y forma un halo en el azul, / a la dantesca cruz del Sur.”¹¹

Paul Groussac, el bibliotecario bonaerense de origen francés y antecesor de Jorge Luis Borges, reprende a Darío en el tenor de “Su *Azul...* de usted no es del todo azul; sus *Prosas* no son prosas; y sus *Raros* tampoco son raros. No, Rubén, no lo son, o por lo menos no lo son en Europa en este año de 1898. ¿Leconte de Lisle raro? ¿Max Nordau raro? Casi tanto como Zola y Dumas.”¹²

Más que una arremetida conservadora, la de Groussac es la oferta de un pasaporte ofrecido a un moderno cabal: América Latina no puede ser ni absolutamente original ni tampoco una imitación servil de Europa. Si *Los raros* es un falso anecdótico y un manifiesto falaz, y *Prosas profanas* (donde está mi poema preferido: el “Coloquio de los centauros”: “Yo comprendo el secreto de la bestia”)¹³ no son ni

8 Darío, “La gran cosmópolis (Meditaciones de la madrugada)” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, op. cit., p. 474.

9 Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz, op. cit., p. 113.

10 *Ibid.*, pp. 354-355.

11 Darío, “Canto a la Argentina” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, op. cit., p. 401.

12 Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz, op. cit., p. 301.

13 Darío, “Coloquio de los centauros” en *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*, op. cit., p. 205.

7 *Ibid.*, p. 353.

lo uno ni lo otro, Darío aparece, a los ojos de Groussac y de Juan Valera, como un descollante contemporáneo.

Pero su modernismo ocurre al mismo tiempo que la generación del 98, en un momento de honda depresión de lo español en Occidente, que empieza mucho atrás, con la derrota de la Armada Invencible en 1588, como diría Fernando Savater. Pese al Barroco, el siglo XVIII es “el menos español de los siglos” (José Ortega y Gasset) y con los Borbones reinando más acá de los Pirineos, el romanticismo peninsular, aun después de la desintegración del imperio en América, es un desastre. No se diga del latinoamericano.

En 1900, a los noventayochistas todo les parece mal, al grado de que Unamuno no encuentra mayor consuelo que exigir la “africanización”, reconociéndose fracasados los peninsulares en su europeísmo y estando vigente, enfadado, el optimismo exageradamente adánico que venía de América Latina. Lo escrito en ambas orillas es despreciado en París, en Londres y en Nueva York, puesto que a las letras en castellano las ha arrastrado la pérdida histórica de casi todo poder mundial para lo hispánico. La recuperación plena, que no se dará, a los ojos anglofranceses, en gloria y majestad hasta *Cien años de soledad* (1967), comienza con Darío el moderno y ello nunca debemos olvidarlo.

Dicen bien los autores de *Rubén Darío. La vida errante* que “con *Cantos de vida y esperanza*, el triunfo ‘definitivo’ de Darío y del modernismo en España, terminó prácticamente la colaboración y el intercambio de favores entre ambos”;¹⁴ es decir, entre los americanos y el generoso Jiménez, a quien Darío no volverá a ver. Esa normalización permitirá el florecer de la vanguardia en ambas orillas —el joven Jorge Luis Borges encontrando a Rafael Cansinos-Assens en 1920 y lo que ese encuentro desencadenó— y el péndulo de Darío se moverá con la generación del 27 hacia Federico García Lorca. El periplo del “teósofo” nicaragüense había hecho renacer la Atlántida: se podía llegar caminando, con ánimo de peregrino y sin mojarse, desde México o la Argentina, a España.

Rubén Darío. La vida errante, de Rocío Oviedo Pérez de Tudela y Julio Vélez-Sainz, es un alto en el camino. Una biografía académica correcta y eficaz, aunque ayuna de imaginación histórica (no todos los biógrafos están obligados a desplegar la pintura infamante) y afeada, sin gracejo estilístico, por ser evidente que la redactaron dos o tres manos. Hay, debo decirlo, una cita bochornosa y cutre, a cuenta de los editores, en las páginas 274 y 275: se cita a Pierre Bourdieu, en el cuerpo del texto, ¡en inglés! ¿Acaso los profesores españoles ya no leen francés o sus editores creen facilitarle la tarea al lector ofreciéndoles a monsieur Bourdieu en la actual lengua franca?

Quizás quien mejor comprendió a Darío, en su momento, fue Juan Valera (1824-1905). Nunca hubo, como

actualmente se especula en los departamentos de español de las universidades estadounidenses, una “estrategia” diseñada a sangre fría por unos modernistas visionando “el campo literario” de Bourdieu, precisamente, para “orientalizarse” o “afrancesarse”. Solo los necios (y no son pocos hoy día) no corren a “mentalizarse” en las formas y matices de la gran literatura de su tiempo y esta era entonces sin duda la francesa, pues buscan, arremedando a François Coppée, ¿a quién imitar para ser originales?

Ocurrió lo que dijo don Juan y con él me despidió: “Usted es usted: con gran fondo de originalidad y de originalidad muy extraña. Si su libro, impreso en Valparaíso, en este año de 1888, no estuviese en muy buen castellano, lo mismo podría ser de un autor francés, que de un italiano, que de un turco o de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y el apellido del autor, verdaderos o contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico y persa es Darío: de suerte que por los nombres no parece sino que usted quiere ser o es de todos los países, castas y tribus.”¹⁵ ~

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL es crítico y consejero literario de *Letras Libres*. Athenaica acaba de publicar su libro *El crítico sin estatua*.

¹⁵ *Ibid.*, p. 109.



14 Oviedo Pérez de Tudela y Vélez-Sainz, *op. cit.*, p. 331.